





MALA... «MUY MALA»



Beatriz Vacca

MALA... «MUY MALA»



Primera edición: noviembre 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Beatriz Vacca

ISBN: 978-84-17548-20-9

ISBN digital: 978-84-17548-21-6

Depósito legal: M-27907-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedicado a Mimo, Gabriel y Emiliano...
Por el apoyo que me brindaron*



PRIMERA PARTE

La maldad es algo que las circunstancias,
el entorno o la educación inculcan
o enseñan a los hombres; no es innata.

NELSON MANDELA



Capítulo 1

Todos dormían todavía. Solo Marta despertó temprano y vio el amanecer. Un amanecer diferente. Al mirar el horizonte, lo vio gris plata y se imaginó un día muy frío. El más frío y triste de toda su vida. Ella esperaba la hora de partir. Sentía dolor en su corazón, pero debía ser fuerte por su hijo.

Miró el reloj, faltaban dos horas todavía. Decidió tomar un baño. La noche había sido muy larga y necesitaba quitársela de encima. Se tomó todo su tiempo. Se dio un baño de inmersión y, mientras lo hacía, se adormeció unos minutos. Soñó con la vida que nunca tuvo. Soñó con ser la mujer de De la Mónica. Soñó con cuatro hijos hermosos; una familia feliz y dos perros corriendo por el jardín de una enorme casa. Soñó con ser la esposa de ese hombre que tanto amaba. Esa que nunca pudo ser y que ya nunca sería. Un ruido afuera la trajo a la realidad. Una realidad distinta a la que siempre había soñado. Se dio cuenta que había pasado mucho tiempo. Reaccionó. Se levantó de la bañera. Se envolvió en la bata y comenzó a secarse el pelo. El silencio la llenaba de angustia. Necesitaba comenzar a escuchar los ruidos habituales de la calle para sentirse mejor, pero era temprano todavía.

Marta, llevaba en sus poros la elegancia misma, era fina, de buen gusto y sabía muy bien lo que quería, y ese día, a pesar de todo, no sería diferente. Se tomó todo su tiempo. Se maquilló con toda tranquilidad y cuidado, y cuando decidió vestirse, puso total atención en lo que elegiría. Nadie podía verla hundida, y mucho menos desaliñada. No dejaría que le tuviesen lástima. La lástima no

iba con ella. Hasta en los peores momentos, Marta siempre caminó con su cabeza en alto, y esta vez no sería diferente. Ella sabía que, a pesar de todo lo sucedido y de todo lo que había escuchado, no tenía la culpa de nada.

Una vez vestida, se miró al espejo y le gustó lo que veía. Llevaba un trajecito negro, de muy buen corte. La pollera, ajustada al cuerpo le llegaba a las rodillas. El *blazer* abotonado dibujaba de manera exacta la figura que tenía. Eligió, por último, un sombrero muy elegante haciendo juego. Dejó su cabello suelto y se puso un par de anteojos oscuros para disimular las ojeras, esas que ni el maquillaje pudo tapar, resultado de no haber pegado un ojo en toda la noche.

Cuando bajó las escaleras, lo hizo como una reina. No dejó translucir para nada sus emociones. Necesitaba imperiosamente no quebrarse delante de los que la estaban esperando y, a pesar del temor que sentía, lo supo disimular.

Resolvió muy bien el momento. Sabía que podían disgustarse con ella, pero no le importó.

—Llegó el taxi —le dijo Aníbal cuando la vio.

—Estoy lista —contestó mientras bajaba las escaleras.

—¿Listos? —preguntó Aníbal al resto

—Sí —contestó Luciano

Todos se prepararon para salir. Luciano con sus hermanas irían en el auto de su madre; Marta y Aníbal contrataron un taxi porque ninguno de los dos quería manejar.

Nadie decía nada. Todos optaron por el silencio. Duro, frío, pero necesario. Ya se habían dicho todo lo que tenían que decirse.

Marta le dio la dirección al taxista y le indicó que siguiera al auto de Luciano. El trayecto se le estaba haciendo largo. Ni ella ni su hijo dijeron una palabra. Ya no era necesario. Las cartas estaban echadas. Al llegar, Marta respiró hondo. Sentía que el paso de las horas la estaba afectando. Aníbal le había recomendado dormir unas horas, pero su madre no lo escuchó.

—¿Preparada? —le preguntó Aníbal.

Marta, dudó en bajar del auto. Sentía un puñal clavándosele en el pecho, pero no podía hacer nada.

—Sí, hijo —le dijo mirándolo a los ojos—, ya estoy lista.



Capítulo 2

En aquella noche templada, Verónica logró lo que tanto tiempo había soñado. La ansiedad de los últimos días la dejaron agotada. Por momentos tenía la sensación de que nunca iba a lograrlo; en otros, sentía la alegría de que por fin su vida iba a cambiar por completo.

Una emoción enorme la invadió cuando las puertas de la iglesia se abrieron. Los presentes, al escuchar la marcha nupcial, se pararon y se dieron vuelta hacia la mujer que con paso lento, pero firme, avanzaba hacia el altar. Verónica trató de contener el torrente de pequeñas lágrimas que nublaron su visión. El camino era largo. Para ella fue una eternidad llegar al lado de Gonzalo, que la esperaba con emoción. Sentía que, si no llegaba rápido, él iba a desaparecer. Tuvo la sensación de que el padrino dos o tres veces frenaba su paso cuando ella se apuraba. Verónica lo miró y le sonrió para que se quedara tranquilo. Todo estaba bien, pero una angustia irremediable le jugó una mala pasada. Por momentos sintió pánico. Tuvo miedo de que el novio saliera corriendo.

«¿Y si cuando el cura le preguntaba si la aceptaba como esposa respondía que no?», pensó aterrada. «¿Qué haría entonces con su vida?».

Al fin llegó al altar. Él la tomó del brazo, le brindó una sonrisa y la condujo justo frente al cura que la estaba esperando. Mientras se celebraba la ceremonia, había alguien que, a diferencia de Verónica, lo estaba pasando mal. Marta, su amiga desde siempre, lloraba desconsolada desde un rincón. Durante el tiempo que se había

organizado el casamiento, muchas veces lloró en soledad, casi en silencio. No quiso que nadie conociera la verdadera pena que sentía, menos Verónica que en definitiva no era la culpable, ¿o sí?

Marta y Verónica se conocieron en la secundaria cuando la primera ingresó al colegio donde asistía la segunda. Desde el momento que hablaron por primera vez, fueron amigas y no se separaron más. Eran el día y la noche, y tenían vidas totalmente diferentes, aunque para ellas esto no era una complicación. Cada una se adaptaba a la otra sin ningún inconveniente. Pasaban horas y días enteros juntas. Casi nunca peleaban y juntas hacían de las suyas. Los profesores ya las conocían y admiraban la amistad que habían logrado. Los padres de ambas nunca se conocieron en persona, pero dejaban que estuviesen una en casa de la otra con mucha confianza. Así también, ellas pudieron pergeñar alguna salida de contrabando de la que nunca nadie se enteró. Generalmente estaban de acuerdo en cada cosa que hacían o que querían hacer, podían ser muy tranquilas en ocasiones e insoportables en otras. Algunas veces, los profesores las habían mandado a dirección por las bromas pesadas que hacían a sus compañeros. Pero para ellas esto era una diversión. Muchas veces, sus padres habían tenido que ir a sacarlas del colegio por haberlas puesto en penitencia con amonestaciones. Una de las veces por prender pirotecnia debajo del escritorio del profesor de turno. En otro caso, una rana en la cartera de la profesora de historia a la que detestaban porque solía agarrársela con ellas al conocer lo traviesas que eran. Una mañana, se enojaron con el profesor de matemáticas porque las encontró de pura jarana en la clase y, para vengarse de él, pusieron sal en vez de azúcar en el café. Nunca nadie podía saber a ciencia cierta quién había cometido la travesura, ya que cada una se culpaba a sí misma para dejar en claro que nunca dirían quien había sido de verdad. Así pasaron el mayor tiempo de su adolescencia. Eran tan opuestas que terminaban mimetizándose. Pero el tiempo pasó muy deprisa y un día tropezaron en la calle con un joven muy apuesto. Verónica iba tomando un helado que volcó sobre la ropa del jo-

ven. Por supuesto, ella se disculpó y Gonzalo, que tenía unos años más, aceptó sus disculpas. Así comenzó una linda relación entre ellos y, sin darse cuenta, no dejaban a Marta ser partícipe de esa relación. Esta era tan estructurada y tímida cuando se trataba de un desconocido, que solo observaba como entre los dos la dejaban afuera. En tanto tiempo que se conocían nunca habían pasado por una situación similar. ¿Novios?, sí, varios. Ninguno con mucha importancia; hasta tuvieron la osadía de cambiárselos como se les antojara sin que ellos dijeran nada al respecto. Pero en este caso, Marta, que era muy perceptiva, sintió que nunca más iba a poder olvidarse de él. Verónica fue la primera en pasarle su teléfono para volver a verse. Y así comenzó una amistad que, a pesar de asistir los tres a todas partes juntos, el joven nunca se fijó demasiado en Marta, que se había enamorado locamente de él.

—Es un divino —le dijo Marta un día a su amiga.

Verónica la miró y le preguntó directamente si de verdad le gustaba.

—Me encanta Verónica —y con un tono bajo agregó—. Me estoy enamorando de él.

Durante un tiempo largo, Verónica intentó que Gonzalo se fijara en ella. Hizo todo lo posible por que él se diera cuenta que Marta tenía interés en él, pero nunca logró que Gonzalo se fijara en su amiga como «una mujer».

El tiempo pasó muy deprisa. Los tres lo pasaban muy bien juntos, solo que Marta, al darse cuenta de que Gonzalo no se fijaba mucho en ella, sufría en silencio. Verónica intentó todo para unirlos, pero no lo logró y en poco tiempo se cansó y se olvidó del asunto. Ya no le preguntaba nada a su amiga y, al cabo de dos años, viendo que Gonzalo había puesto los ojos en ella, decidió que esta era su oportunidad para cambiar su vida. Fue muy duro decirle a Marta que se iba a casar con Gonzalo, pero más duro fue para esta saber que su miedo se había hecho realidad.

Mientras la pareja salía de la iglesia, tras dar el sí delante de Dios, Marta contenía la bronca y la angustia para no quedar en evidencia. Sabía muy bien que no iba a poder olvidarse de Gonzalo. Estaba segura de que iba a tener que vivir y, lo que es más duro, convivir con la felicidad de ellos. Marta, en el tiempo que Verónica organizaba el casamiento, hizo todo lo posible para disimular su disgusto. Intentaba parecer contenta con su felicidad y hacerle saber que ya se había olvidado de Gonzalo, cosa que Verónica aprovechó.

Marta, de alguna manera, trató de tomar distancia del asunto para proteger la amistad que tenían, pero dentro de ella supo que algo se había roto entre las dos.

Verónica puso todo de sí para elegir el vestido de novia, debía ser algo muy especial y dedicó mucho tiempo en decidirse. Al principio nada le gustaba, todo le parecía poco para aquel día. Al final y con la ayuda de su madrina, optó por un vestido blanco con escote corazón bordado con piedras rojas muy pequeñitas que acentuaban el escote y lo hacían muy fino. El ruedo terminaba con un casi imperceptible cordón bordado en rojo y en la parte trasera, el ruedo se agrandaba mostrando una hermosa cola. Además, llevaba como tocado una pequeña tiara que la hacía verse verdaderamente una reina. En las manos, lucía un ramo de rosas blancas con pequeños pimpollos rojos que la volvía una novia romántica.

Los novios saludaron en el atrio. Todos les desearon felicidad y una buena vida juntos. Había alegría entre los presentes. Solo Marta se había acercado para saludarlos y no pudo decirles nada. Para todos, sus lágrimas eran de emoción por la unión de sus amigos.

«¡Qué imbéciles todos!», pensaba Marta mientras los miraba desde lejos.

Se había alejado del grupo. Tenía necesidad de escapar de allí, pero ¿qué diría después? ¿Qué explicación daría?

La fiesta se realizó en un barco en puerto madero. Gonzalo quiso darle a Verónica la mejor fiesta del mundo. No había demasiados invitados. Los dos tenían familias muy pequeñas y apenas

algunos amigos. Igualmente, Gonzalo no escatimó en gastos. La fiesta fue, de verdad, digna de una reina.

Esa noche, viajaron directo a Europa en viaje de bodas. Mientras subían al avión, Gonzalo le preguntó a Verónica si no había visto extraña a su amiga. Ella tenía muy claro qué le sucedía, pero no quiso decirle nada. Y solo con un gesto le dio a entender a su esposo que nada sabía.